

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

3

Claudio José Domingo

Brindis de Salas



**PATRIMONIO
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

Dirigidos por

Emilio Roig de Leuchsenring

Historiador de la Ciudad de La Habana

3

Claudio José Domingo
Brindis de Salas
El Rey de las Octavas
Apuntes Biográficos
Por Nicolás Guillén



MUNICIPIO DE LA HABANA

Administración del Alcalde

Dr. Guillermo Belt y Ramírez

1935



BRINDIS DE SALAS

RETRATO POR CARAVIA

Palabras.

En éste, el tercero de los CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA, ofrecemos los apuntes biográficos que sobre el gran violinista, hijo de esta ciudad, Claudio José Domingo Brindis de Salas, ha escrito nuestro colaborador en labores históricas, señor Nicolás Guillén.

Vida extraordinaria fué, en realidad, la de Brindis.

Nacido en humildísima cuna y perteneciendo a una raza que en su época era víctima de la más aguda, injusta y cruel explotación, desde niño logró imponerse entre la sociedad blanca habanera por sus relevantes cualidades artísticas, cosechando laureles y aplausos y señalándosele como "la esperanza musical de Cuba".

El niño prodigio abandonó su tierra natal y en París quedó transformado en joven maestro.

Comienza entonces para Brindis una marcha triunfal a través del viejo y nuevo mundo. Donde quiera que deja oír su mágico violín, recoge aclamaciones, honores, dinero; y el nombre de su patria es, por él, conocido y respetado, y de su raza ya no se piensa que es sólo carne para el látigo y el trabajo.

Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, España, Rusia, México, Argentina... se convierten en escenarios de sus éxitos gloriosos.

Quien realizó su viaje inicial a París gracias a la suerte de una rifa, ve ahora correr a montones por sus manos las más diversas monedas con las efigies de reyes y emperadores y los flamantes emblemas republicanos.

Es el "Paganini negro", el "rey de las octavas". Todos le aplauden, le adulan, le miman. Un admirador le regala costosísimo solitario de brillantes. Varios amigos le ofrendan un "stradivarius". Los gobiernos de España, Francia, Italia, Portugal y Austria, le otorgan las más preciadas condecoraciones. El Em-

perador de Alemania le designa concertista de su Corte. Adquiere casa propia en Berlín. Es Caballero de Brindis, Barón de Salas. Las más aristocráticas mujeres blancas europeas se disputan su amor, y una dama de la alta sociedad alemana se considera honrada otorgándole su mano. Y en sus frecuentes visitas a La Habana, esta sociedad le recibe y agasaja como a triunfador genio europeo, olvidándose de que era el hijo de un músico negro encausado y torturado en la célebre "conspiración de la escalera".

Consciente de su excepcional valor artístico; engrdeído por los honores que recibe, tanto de los músicos más notables de Europa, como de los públicos de ambos continentes; Brindis, celebridad mundial, alardea insolentemente en salones y paseos, de sus extravagancias, su desenfado, su orgullo, su altivez, su vanidad, sin que puedan empañar el prestigio de su nombre esclarecido los escándalos en que a veces se vió envuelto.

Ya la curva ascendente de su gloria ha llegado a los límites extremos; bien pronto ha de descender vertiginosamente hacia los abismos de la miseria, de la desgracia, de los fracasos, de las enfermedades, del olvido... Deshecho su hogar, en declinación su genio, minada su naturaleza por la tuberculosis, las ciudades de Europa y América que fueron ayer escenarios de sus triunfos, lo han de ser ahora de sus derrotas. Destruídos sus pulmones, roto su arco prodigioso, vacía su bolsa, raído su único traje, sólo ha podido conservar de los días de esplendor, la orgullosa altivez de su porte, engañosamente apuntalada por un mísero corset y la cinta roja de la Legión de Honor en la solapa de la mugrienta casaca. Agonizante, le recogió la asistencia pública en una calle de Buenos Aires. Ya en el hospital, descubrieron que aquel infeliz "atorrente" negro era Brindis de Salas.

Así fué de novelesca esa vida extraordinaria, que ha sabido revivir en las páginas de éste CUADERNO la pluma brillantísima de nuestro máximo poeta folklórico contemporáneo, Nicolás Guillén, conquistado desde hoy para los trabajos de investigación histórica. Como éste afirma, la verdadera vida de Brindis de Salas comenzó con su muerte, "que ahora sí es inolvidable para Cuba el estupendo violinista que tantas veces hizo nacer a su patria en la admiración de quienes jamás la hubieran conocido."

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING,
Historiador de la Ciudad de La Habana.

El Padre.

I

Puede decirse que todavía a fines del siglo XVIII y principios del XIX, la música no había adquirido en La Habana ninguna categoría artística, y que su ejercicio se limitaba a un número no muy elevado ni selecto de personas, con cuya habilidad en diversos instrumentos eran amenizados los saraos y fiestas de la época. El baile, por modo principal, constituía la más asidua diversión de aquella sociedad, que la cultivaba con un ardor rayano en verdadero frenesí.

Se bailaba en las casas de rumbo, y allí el bienestar económico de sus moradores hacía posible un mejor concierto de ejecutantes; se bailaba en casa de los pobres, con una o dos guitarras y un *guayo*; y aun en la misma Plaza Mayor existía una casa pública destinada al baile, con habitaciones para refrescos y juego, y en la cual se reunían las familias notables de La Habana, mediante el pago de una cuota.

Serafín Ramírez hace notar que hasta 1800, la música “no tenía entre nosotros otra forma que la forma primitiva, la que el capricho de cada cual le quería dar” y que “el canto particularmente no constituía un arte, era sólo un aliciente para bailar, y como que los bailes de entonces eran muy poco edificantes, se valían del soberano auxilio de las canciones tiernas y de la palabra lasciva y grosera para despertar mayor interés y estímulo, tal como se hace con el paladar estragado, que no conviniéndole finos y suaves manjares, se le da mucho salado, mucho picante, y nada más” (1).

(1) Serafín Ramírez, *La Habana Artística*, La Habana, 1891, p. 9.

Realmente, el atraso musical o artístico de los cubanos en esta época no era sino un reflejo del abandono en que mantenía la Metrópoli los más diversos aspectos de la cultura general en su colonia. Apenas había escuelas (su número no llegaba a cuarenta en la capital), y en ellas, únicamente se enseñaba a leer y a escribir, y las cuatro reglas de la aritmética. Sólo existía una publicación, el famosísimo *Papel Periódico de la Havana*, no mayor de medio pliego de papel español doblado en cuarto, que se transformó después en *El Aviso* y en el *Diario de la Habana*; y las dos imprentas con que contaba la población hallábanse punto menos que inservibles.

En cuanto al aspecto material de la ciudad, véase lo que Humboldt vió y dijo con motivo de su primer viaje a ella, por los años de 1800 y 1801: "Durante mi mansión en la América Española, pocas ciudades presentaban un aspecto más asqueroso que La Habana, por falta de una buena policía; porque se andaba en el barro hasta las rodillas; y la muchedumbre de calesas y *voluntas*, que son los carruajes característicos en La Habana, los carros cargados de cajas de azúcar, y los conductores que daban codazos a los concurrentes, hacían enfadosa y humillante la situación de los de a pie. El olor de la carne salada o del tasajoapestaba muchas veces las casas y aun las calles poco ventiladas" (2).

Si éste era, a grandes brochazos, el terrible cuadro que ofrecía una sociedad con más de trescientos años de vida, juzgue el lector en qué condiciones se hallaría la base, por decirlo así, en que aquel conglomerado se asentaba, y la cual, constituída principalmente por una gran masa de esclavos africanos sepultados en el último rincón de la ignorancia, envilecidos por el maltrato constante y sangriento, era como una sustancia inerte sobre la que todo el mundo se creía con derecho a fincar el pie.

Los beneficios de la enseñanza, aun aquel escueto aprendizaje de la época, estaban vedados a estos infelices; y sólo en casos excepcionales podían surgir hombres como el poeta Manzano, que se instruyó a hurtadillas, en la noche, alumbrando sus lecturas con luces prohibidas; o como Doroteo Barba, negro, que llegó a en-

(2) Alejandro de Humboldt, *Ensayo Político sobre la Isla de Cuba*, 1836, La Haana, 1930, t. I, p. 11.

señar primeras letras con el consentimiento y beneplácito de la misma sociedad a la que había arrancado su precaria sabiduría; o como Lorenzo Meléndez y Mariano Moya, que instruían brillantemente a sus alumnos en ortografía y aritmética. Pero fuera de estos tipos en realidad extraordinarios, los negros, aun los libres, hallábanse sometidos a un férrea discriminación, que les prohibía los más rudimentarios elementos del saber.

II

Fué justamente en este momento terrible de nuestra cultura, el 30 de octubre de 1800, cuando vino al mundo, en la ciudad de San Cristóbal de La Habana, un negro que recibió el nombre de *Claudio Brindis de Salas*, hijo legítimo del sargento primero del Real Cuerpo de Artillería, Luís Brindis, y de María del Monte Salas y Blanco, también, como su marido, de esta capital.

Tal negro habría de ser famoso, no sólo por él, que mucha gloria alcanzó, aunque ensombrecida en los últimos días de su existencia, sino porque andando el tiempo engendraría a uno de los más grandes violinistas de su patria y del siglo: Claudio José Domingo Brindis de Salas, *el rey de las octavas*.

Contrariamente a lo que, como hemos visto, acontecía con la mayor parte de sus infelices corraciales, aquel recién nacido se inició en la vida con todo linaje de venturas: sus parientes y antecesores eran militares distinguidos y hombres de buena educación. Un primo hermano del padre de Claudio, nombrado Manuel Parreño, ostentaba el grado de teniente del batallón de leales morenos, y estuvo en la subinspección de las armas en clase de oficial, a causa de su inteligencia viva y sus variados conocimientos, pues aparte de ser un notable aficionado a la escultura, poseía el latín y el francés. Los demás parientes—los de la línea materna—, nada tenían que envidiar a los del padre, y se vanagloriaban de cuantos antecedentes honrosos resultaban gratos a la época. Uno de esos parientes, Manuel Blanco, era Capitán del Real Cuerpo de Artillería, y su hermano Gabriel había alcanzado el mismo grado en el batallón de leales morenos. Con el tiempo, Claudio llegaría a vestir a su vez el uniforme de subteniente en el instituto últimamente citado.

Pero lo que más contribuyó, sin duda, a que la vida de Brindis se deslizara sin mayores tropiezos (al menos hasta el año 1844), y aun al margen de los hombres de su raza, con los cuales parece que nunca tuvo mucha relación, fué la circunstancia de haber sido *hermano de leche* del conde de Casa Bayona (3), a quien María del Monte Salas amamantó junto con el hijo recién nacido, en virtud de que la madre del condesito jamás hallóse con la necesaria salud para tan sagrado menester.

Desde pequeño, Brindis se aplicó al estudio del violín, en el que logró extraordinarios progresos bajo la dirección del maestro Ignacio Calvo (a quien habría de oscurecer después), y el cual era, junto con Tomás Alarcón, uno de los más aptos profesores de su tiempo. Ambos pertenecían a la misma raza que Brindis, así como Macario y Pedro Pérez, Bartolo Avilés, el conocidísimo Ulpiano Estrada (*el maestro Ulpiano*, como se le decía); Francisco Vega, Tomás Buelta, muerto en el suplicio de *la escalera*, en 1844; Evaristo Quirós, Ramón Menéndez, Secundino Arango, Juan de Dios Lazo, etc., los cuales alternaban su trabajo en el conjunto en que tocaban, con la enseñanza de música y canto a la alta sociedad habanera, a medida que fué subiendo el siglo y generalizándose la instrucción.

Por lo demás, es indudable que nunca se vió Brindis, en estos primeros años de su vida, ni mucho después, en el trance de afrontar, como otros negros, las duras necesidades e injusticias que traía aparejada su condición social: antes bien, hallóse rodeado, no sólo de familiares de buen nombre y distinción, como hemos visto, sino que pudo contar con las extraordinarias franquicias que le daban sus relaciones con una de las casas más ricas, distinguidas y nobles de La Habana, en gracia a la romántica razón que nos es conocida.

En un ambiente, pues, en el que muchas circunstancias conspiraban para favorecer sus facultades, rodeado de gentes ociosas y divertidas, que suplían con el baile otras formas más elevadas de cultura, no es extraño que Brindis se dedicara al ejercicio de su aptitud más brillante con una fortuna sin eclipses. Dotado, además, de una figura en extremo elegante, pulcra y simpática, y con las relaciones que se han dicho, en seguida se halló al fren-

(3) Serafín Ramírez, en su ya citada obra, al referirse a Brindis, sustituye el título del Conde con dos asteriscos.

te de una orquesta, el más alto galardón a que podía aspirar un músico de su clase y de su tiempo en Cuba, y con ella amenizó las fiestas de todas las sociedades decentes de aquellos días, en las cuales era buscadísimo, tales como *Santa Cecilia*, *La Habanera*, el *Liceo Artístico y Literario*, etc. Fué, pues, como director de conjuntos de esa índole que Brindis se dió a conocer: como tal brilló, y en tal sentido hizo su carrera, bastante dilatada por cierto. Nadie le aventajó en fama, ya que sí en arte, y mereció siempre trato afectuoso de la aristocraeía, a la que deleitó durante largos años con su orquesta.

Eran estas *orquestas de baile*, como se las llamaba, organizaciones no muy extensas, pero sí bastantes completas. Su mérito principal consistía en el inalterable equilibrio de todos los instrumentos, así los de cuerda como los de viento, madera y cobre, de tal modo que el tono de estos últimos, siempre de más vigor, quedaba disminuído y como limado por la dulzura y suavidad de aquéilos, con lo que el resultado era gratísimo al oído y aun al sentimiento. El número de las verdaderamente buenas no era muy crecido (después de la de Brindis, la más famosa era la del ya mentado Ulpiano Estrada, su rival, a quien venció en unas competencias celebradas en 1825); sus maestros o directores nada tenían de extraordinarios a fin de cuentas; pero rebosaban buen gusto, afinación, amor a su arte, y ello los hacía insuperables por el momento.

Fué Brindis, además, cantador de buena voz y gran entonación. Cuéntase que, casi un niño, habiendo cantado cierta vez en una fiesta en la iglesia de Nuestra Señora de las Mercedes, en presencia del Marqués de Someruelos, Capitán General de la Isla, éste, alborozado, exclamó "que era un tiple sin igual". Le llamó, congratulándole, y para que todo no quedara en palabras de elogio, púsole en la mano una moneda de oro de diez y siete pesos, ejemplo que fué imitado por el séquito del gobernador, con larga fortuna para el favorecido, que sacó una buena cantidad aquel día.

En otra fiesta, en la que también se hallaba reunida la alta sociedad de La Habana, como lo fué el banquete ofrecido por los Marqueses de San Felipe y Santiago al general napoleónico Bertrand, de paso por Cuba, llegó a tal punto el entusiasmo de éste

al oír cantar y tocar a Brindis, que prorrumpió en aclamaciones, afirmando “que Claudio Brindis era un genio inimitable”.

Como compositor, Brindis fué autor de una opereta de escaso mérito titulada *Congojas Matrimoniales*, y de una *Melodía* dedicada al Gral. Concha, su protector y compadre e impresa en La Habana, en 1854.

Acerca del carácter del viejo Brindis, es fama que se distinguió por su excentricidad, en lo que habría de acercársele mucho la bohemia desordenada de su hijo, el *Paganini negro*. Su conversación era afectada, despaciosa, entretenida; y su figura gallarda siempre estuvo realzada por el irreprochable lujo del vestido, que tanto le permitían las grandes ganancias que hallaba en su trabajo mientras duró su apogeo musical.

No hay duda de que amó exageradamente el esplendor del medio en que brillaba como artista y en el que fué mimado más allá de los cortos límites impuestos a su raza por una sociedad estrecha y esclavista, donde el color de la piel abría y cerraba las puertas del bienestar y la fortuna. Puede tachársele de vanidoso, y esa vanidad lo hizo caer en detalles pueriles por no decir grotescos, como el de usar los apellidos Chacón, Calvo, etc., de los personajes que lo criaron, unidos a los suyos; y hasta parece haber cometido el pecado de creerse *un poco noble* entre sus hermanos de raza sumergidos en la esclavitud, de la que él mismo tuvo que sentir el vaho espeso sobre el rostro.

Claudio Brindis fué, por lo demás, uno de los negros más preparados de su época, y cultivó la poesía con apreciable éxito (4).

III

Sin embargo, con todo y sus calificadas relaciones, y cuando era bastante joven todavía, en 1844, vino a amargar la vida del músico un serio contratiempo, el cual no sólo marcó huella profundísima en su espíritu, sino que señaló el punto de arrancada de su declinación y de su ruina: ese contratiempo fué la cau-

(4) Véanse las *Notas* que aparecen al final de este folleto.

sa por la célebre *conspiración de la escalera*, de negros contra blancos, así llamada en virtud de los suplicios que en ese mueble se hacía sufrir a los encartados en el proceso (5).

“No es cosa averiguada todavía—dice Vidal Morales—si en 1844 hubo o no conspiración de negros y mulatos; pero la crónica popular, que no siempre es leyenda y fantasía, repite con horror los permenores de aquella carnicería, recordando que las víctimas eran escogidas entre la clase de color acomodada, poniendo a cada grupo por guías y cabezas aquellos que gozaban de renombre por sus sobresalientes aptitudes. Los más conspicuos coetáneos a quienes hemos consultado sobre estos sucesos, nos han afirmado más de una vez que estaban íntimamente convencidos de que fué supuesta la famosa conspiración de negros contra blancos...” (6).

No obstante, una comisión militar nombrada por el feroz Capitán General O'Donnell, instruyó numerosos procesos, en los que fueron complicadas de cuatro a cinco mil personas, muchas de ellas blancas, aunque puede decirse que no hubo negro de alguna significación que escapara a la prisión y a la tortura. El número de muertos fué espantoso, y quien no pereció bajo el plomo de los soldados, como *Plácido*, murió en el bárbaro suplicio que se ha dicho (7). Una ola de sangre, de delaciones, de atropellos, de barbarie, en fin, inundó la Isla, y al amparo de la dudosa conspiración, pudo O'Donnell satisfacer sus bestiales instintos en un pueblo por el que sentía odio sin límites, y justificar ante el gobierno de la Metrópoli sus salvajes medidas, baldón de la historia contemporánea.

En ese proceso fué incluido Brindis, desde luego. Detenido y torturado, se le sometió a Consejo de Guerra, que se celebró en Matanzas, desde el 18 de diciembre de 1844 hasta el 25 del mismo mes y año, “en virtud de causa formada del segundo ramo de la sentencia iniciada en la villa de Güines, contra varios individuos

(5) Tales infelices eran atados boca abajo de pies y manos a una escalera, y se les arrancaba la confesión a punta de foete, manejado por dos robustos negros.

(6) Vidal Morales y Morales, *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*, La Habana, 1901, p. 147.

(7) La población negra, en 1841, era de 589,363; en 1845 había descendido a 472.985.

de color acusados de complicidad en la conspiración...'' La condena que recayó sobre el famoso músico fué la de expulsión de la Isla con prohibición de volver a ella ni a la de Puerto Rico, so pena de encierro perpetuo. La sentencia fué confirmada por el Capitán General el 12 de enero de 1845, y notificada al reo el 14. O'Donnell lo sustruía violentamente del teatro de sus triunfos, del campo en que se había desenvuelto brillantemente con su arte.

¿Hacia dónde fué Brindis? Lo más probable es que escogiera Veracruz o Campeche, en la República Mexicana, lugar en que ya residían muchos negros expulsados o exilados voluntariamente de Cuba. Lo cierto es que cuatro años después, en abril de 1849, hallábase el infeliz guardando prisión, por haberse introducido furtivamente en su patria, en compañía de Linc Lamonedá, individuo éste juzgado en rebeldía (8). Dicho encierro no fué corto, pues en noviembre de 1850 aparece el general Concha, Capitán General a la sazón, interesando conocer de la Secretaría Política "la sumaria averiguación que debió haberse practicado con motivo del regreso a esta plaza del moreno Claudio Brindis... cuya noticia es de suma necesidad para resolver una solicitud que ha promovido dicho individuo". Al fin, en enero de 1851, el Gobernador concedió a Brindis dos meses de libertad, "durante los cuales se proporcionará los medios de salir de esta Isla, donde se introdujo furtivamente". Poco después en marzo, se le prorrogó esa concesión por un año. La amnistía definitiva no se hizo tardar, pues el sustituto de O'Donnell siempre le fué benévolo.

Pero los años de exilio y encierro fueron duros para el músico. Aquel drama fué comiéndole las energías y acortándole el ímpetu, de tal modo que cuando al fin se vió libre, era más preso que nunca: preso del pasado, que habría de frustrarle el porve

(8) Abundaban las solicitudes de permiso para el regreso, pero todas eran informadas negativamente. Con fecha 13 de junio de 1846 el Gral. O'Donnell comunicó al Ministro de Ultramar sus razones para oponerse a la vuelta de los negros, diciéndole: "Creo bien que algunos no sean culpables, que otros no ofrecerían temor alguno, ni habría inconveniente en permitirle su regreso, más convencido también de que semejantes condescendencias serían de mal efecto para el porvenir, y destruirían sobre todo la saludable impresión producida en el país y en sus partidarios, he juzgado y juzgo de siniestra influencia toda condescendencia o gracia en el particular."

nir y le llenaba de sombras el presente. Estaba, además enfermo de los ojos.

Al ponerse a reconstituir su antiguo conjunto artístico, Claudio Brindis comprobó espantado que sus compañeros habían muerto en la tortura casi todos ("fallecidos de diarrea", para el convencionalismo oficial) y los que se hallaban aun con vida la arrastraban dolorosamente en la cárcel o en el extranjero. No tenía a nadie, a casi nadie. Muchos que antes le aclamaran triunfador, ahora le arrojaban la limosna de un perdón entre dientes. Sin embargo, era necesario luchar.

Como pudo, logró al fin integrar otra orquesta, muy inferior a la de antaño, que denominó *La Concha de Oro*. Con ella trató desesperadamente de volver a su antiguo poderío musical, aunque sin conseguirlo, porque habían cambiado profundamente muchas circunstancias que antes propiciaron su triunfo; la enfermedad de la vista fué agravándose, y aunque todavía en 1864 visitó Matanzas, Cárdenas, Villaclara, Cienfuegos y Güines, en compañía de tres niños hijos suyos llamados por el público *los artistas en miniatura*, regresó decepcionado. Ciego al fin, y en una pobreza extrema, murió en la misma ciudad de su nacimiento, el día 17 de diciembre de 1872.

El Hijo.

I

Nace Claudio José Domingo Brindis de Salas y Garrido, en La Habana, el 4 de agosto de 1852, en la casa que en la calle del Aguila, 168, ocupaban entonces sus padres, el famoso director de orquestas a quien se refieren las páginas anteriores, y María Nemesia Garrido, con la que aquél contrajera segundas nupcias (9).

Bajo muy distinto signo vinieron al mundo padre e hijo: el uno, cuando el atraso en las artes impedía o dificultaba grandemente el desarrollo espiritual de los cubanos, y más aun el de los negros, en los comienzos del siglo XIX; el otro, cuando ya estaban encendidas las luces que dieran nombre a la centuria, y la poderosa corriente de ilustración que en todas direcciones anegó el entendimiento humano había alcanzado por fin las costas antillanas, antes inaccesibles casi para la cultura. El padre, en contacto con familia noble, la cual cuida en cierto modo de su instrucción, pero no de su final destino, que se cumple a poca altura y sin ningún rigor artístico; el hijo, recibiendo desde los primeros vagidos la influencia de un viejo maestro, que le guía y vigila, y que no sólo vela por el desarrollo de la sensibilidad, sino que se afana en abrirle el camino hacia medios superiores donde logren cabal realización las ardorosas aspiraciones del genio; aquél, frustrado casi desde la cuna; éste, desde la cuna lanzado a vuelo seguro y alto. Porque no hay duda de que el viejo Brindis, a quien la propia experiencia había amargado profundamente, quiso siempre, hasta conseguirlo, que su hijo no deviniera víctima de la estrechez colonial, y hallara en otros climas culturales

(9) De las primeras, celebradas con María Severiana Arango, sólo tuvo una hija: Cecilia María Severiana. En su segundo enlace, fué padre de dos varones más: José del Rosario y José Orosio.

el espacio adecuado para moverse sin contratiempos en pos del triunfo y de la gloria.

Claro que el ámbito político, social y económico de Cuba estaba experimentando muy profundas sacudidas; y por apretada que fuera la cerrazón metropolitana contra las ideas que invadían el mundo, éstas iban filtrándose y concretándose en el pensamiento de un grupo de nativos inteligentes, no pocos de los cuales habían viajado con fruto por Europa, y hallábanse cada día más sedientos de libertad, de saber y de justicia.

Mayor inquietud aún existía en el orden artístico, pues la sociedad cubana, y especialmente la habanera, había alcanzado ya un ritmo de madura formación, el cual, comenzando a fines del primer tercio del siglo, sigue en aumento hasta culminar en nombres imborrables en la historia de nuestra cultura.

“Imposible sería formarse una idea—dice Serafín Ramírez—de lo que fué La Habana en el período comprendido de 1840 a 1870. La música era el encanto de todos, las reuniones filarmónicas el alma de nuestra sociedad, a tal punto que ya no daban treguas, y de las unas había que pasar a las otras, advirtiendo que todas eran a cual más selecta. El cultivo del arte se había generalizado de tal manera, que habría sido imposible hallar una casa en donde no se le pagara tributo. Compañías líricas de primer orden y concertistas de extraordinarios méritos nos visitaban frecuentemente, dejando al partir algún recuerdo a nuestros establecimientos piadosos. Las sociedades artísticas y literarias tomaban a su vez increíble impulso, y por último, con el modesto nombre de aficionados aparecían artistas de alto rango” (10)

Como se ve, el ambiente resultaba favorable a la formación de un gran temperamento: de modo que el de Brindis, que era de subidas condiciones, no se vió distraído por ejercicios deleznable que lo malearan y torcieran, sino que abrió las alas en unos días en que ya estaba formado el gusto musical, y cuando el frecuente comercio con altas figuras de la época daba al espíritu sediento de belleza grata ocasión para satisfacer sus ansias, además de dejarlo como sembrado de la más urgentes inquietudes.

Para esta fecha, la Isla, sin perder ni con mucho su acerbo carácter colonial, se alejaba, a considerable velocidad, del 1844,

(10) Serafín Ramírez, ob. cit., p. 303.

y ya había experimentado el primer vigoroso sacudimiento revolucionario que culminó en la abolición de la esclavitud decretada por Céspedes al levantarse en armas en 1868. Brindis pudo, pues, a su regreso de París, como veremos, hallar en Cuba un ambiente aún menos arisco que el que dejara unos años antes, de modo que más que un *negro violinista*, como su padre, fué un *violinista negro*, educado a la europea, en posesión de varios idiomas, cuya cultura era superior a la de la generalidad de sus conterráneos blancos, y cuyo genio estremecía una sociedad en cuyos muros habían empezado a abrirse las primeras grietas democráticas.

II

La mas lejana noticia que tenemos acerca de las andanzas artísticas de Claudio José Domingo data de 1860, cuando el que habría de ser famosísimo violinista sólo contaba ocho años de edad. Ya en esa fecha compuso una danza con el título de *La Simpatizadora*, que dedicó a doña Narcisa Martínez, y la cual fué estrenada por su autor en la fiesta que se celebró la noche del 29 de octubre de ese año en una casa de la calle San Rafael, domicilio de dicha dama.

La aparición de aquel inquietante niño negro, delgado y fino, que miraba con grandes ojos brillantes subrayados por una sonrisa desdeñosa, fué acogida con benévola espectación por un concurso de personas doctas en muy variadas disciplinas artísticas y más aún en la música; pero esa actitud se transformó en asombro cuando el parvo virtuoso abatió el violín, y esperó el juicio del auditorio. En seguida se abrieron paso el entusiasmo y el júbilo; multitud de brazos estrujaron largamente al triunfador; y con alegre premura, hombres y mujeres se dieron a tejer una urgente corona de laurel verde con *botones de oro*, que eñieron a la frente del artista, como símbolo de esperanza y felicidad.

Dos años después de este suceso, a los diez de su edad, apareció Brindis en el *Liceo* de La Habana, y allí alcanzó largo éxito. Nadie dudó entonces de que en aquel niño alentaba el genio, y de que no sólo por vanidad paternal el viejo maestro lla-

mara a su hijo *la esperanza musical de Cuba*. Era ciertamente una esperanza que empezaba a cumplirse, que se cumpliría al cabo, siempre que hubiera una mano sabia que moldeara aquel fogoso espíritu, puliéndolo y desbastándolo. En los primeros pasos, le habían acompañado el propio padre y el magnífico profesor de color José Redondo; pero necesitaba un empuje más fuerte para una mayor aventura: de ello se encargó el belga José Vander Gucht, famoso concertino residente en La Habana, a quien sus compañeros de orquesta llamaban *violín de ataque*, y el cual, más tarde, habría de dar otro nombre ilustre a la música cubana en Díaz Albertini, de quien también fué maestro.

Con Vander Gucht hizo Brindis notabilísimos progresos; pero la obsesión paternal interrumpió las clases, y en 1869 embarca el joven violinista hacia París (11).

La llegada de Brindis a la gran capital francesa marca sin duda un momento decisivo en su formación musical. Había traspuesto, al fin, los límites de la Isla, que fué cárcel para el padre y que lo habría sido también para el hijo, como lo era—a pesar del evidente progreso a que hemos aludido—para cuantos no podían forzar sus rejas en pos de horizontes culturales menos angostos. Entraba Brindis en la etapa primordial de su carrera, porque allí, en contactó con los más grandes violinistas contemporáneos, su genio impetuoso encontraría el ancho pero necesario cauce por donde echarse a correr.

Inmediatamente después de su arribo a París, ingresó Brindis en el Conservatorio de ese nombre, donde continuó sus estudios con profesores de la talla de Ch. Danelas, David, Sivari, Leonard, etc., terminándolos bajo la dirección de este último. Al primer año, alcanza un *accésit*; al año siguiente, el primer premio, lo que le valió ardorosos elogios de la prensa francesa. Oscar Commetant, en *Le Siècle*, dijo que Brindis era “un artista de gran talento, que en todos los conciertos en que se ha dejado oír en París ha obtenido el más plausible éxito: diríase que una

(11) Un amigo íntimo del *rey de las octavas*, el anciano y notable violinista Sr. Francisco de P. Arango, nos ha referido que los esfuerzos del padre de Brindis fueron favorecidos notablemente por una lotería que ganó el joven, y la cual lo puso en posesión de diecinueve onzas.

mano oculta arranca al instrumento las más sublimes notas, haciéndolas aparecer como emanadas del cielo"; y Weber, en *Le Temps*, aseguró que nadie como Brindis sabía apoderarse de su auditorio y dominarlo tan completamente.

De París pasó Brindis a Italia, donde triunfó en el conservatorio de Milán y en el teatro *Scala*, de la misma ciudad. En Florencia, el *Courriere Italiano* se expresó en los siguientes términos: "El caballero Brindis de Salas es un joven negro, perfectamente negro, hijo de Cuba, de un talento extraordinario, de hermosa y simpática figura, que habla seis o siete lenguas: tocó anoche, en el intermedio de la ópera, dos trozos en el violín: el joven negro maravilló y llenó de entusiasmo al auditorio: es violinista de actividad admirable; tiene un *portamento* de arco ligerísimo y al mismo tiempo una energía que lleva impreso el ímpetu característico de su raza: siente, y siente con una pasión que le chispea en las pupilas, que son de una expresión electrizante". En Milán, la *Gazzeta dei Teatri* dice que el caballero Brindis de Salas "arranca del violín dulcísimos sonidos, acentos apasionados, y aún en las más difíciles variaciones conserva una serenidad, un buen gusto y una pureza de entonación verdaderamente envidiables".

Brindis visitó también con igual éxito Berlín, San Petersburgo y Londres, y en 1875 regresó a la América, con el fantástico título de Director del Conservatorio de Haití, que renunció en seguida, y varias condecoraciones europeas. Recorrió la América Central y Venezuela, y en la noche del 24 de noviembre de 1877 apareció ante el público de La Habana, en el teatro *Payret*, después de ocho años de ausencia. El día 30, acompañado de su maestro Vander Gucht, toca en los altos de *El Louvre*; toma parte, pocos días después, en un beneficio celebrado en el teatro *Tacon*; recorre la Isla triunfalmente hasta Santiago de Cuba, donde debuta el 4 de enero de 1878, y de vuelta en La Habana se decide a embarcar hacia México el 4 de marzo, para ofrecer, el 21, un concierto en Veracruz. El 2 de abril llega a la capital, donde es recibido con ardor por el mundo artístico azteca, que lo hace objeto de grandes demostraciones de admiración; el Casino Español lo festeja con un acto brillantísimo, y cada presentación del artista negro en los teatros *Arbeu* y *Principal*

constituye un acontecimiento de no muy abundantes precedentes (12).

Acababa de visitar también México otro gran violinista cubano, el matancero José Silvestre White, de formación y genio opuestos a los de Brindis, y cuyo prestigio arrancaba del Conservatorio de París para llenar no sólo la América, pero al mismo tiempo la Europa de su época; honrado por Rossini, por Gounod, por Auber, y el cual había dejado una imborrable impresión en el público mexicano. A pesar de ello, el *Paganini negro*, como ya se llamaba a Brindis, triunfó sin estorbos, y menos con el del recuerdo de su ilustre antecesor. El crítico de *El Siglo XIX* escribió con motivo de la conjunción de estos dos astros: "El Sr. Brindis de Salas no es de la escuela de White; éste, clásico por excelencia, acusa un profundo conocimiento de su arte; Brindis de Salas, menos amigo de las exigencias magistrales, revela una maravillosa espontaneidad en sus creaciones, y una audacia en su estilo digna del inmenso talento del artista".

En 1886, visitó Brindis otra vez La Habana. Volvía también del viejo continente, donde el estudio constante había fortalecido aún más su genio, que ahora se hallaba en plena madurez. Contaba el artista a la sazón 34 años, y hallábase definitivamente consagrado por la admiración de toda la Europa culta. Su aparición fué clamorosa, e inolvidable para cuantos la presenciaron. En este punto, fuerza es que cedamos la palabra a Serafín Ramírez, el valioso musicógrafo cubano, cuyo conocimiento es imprescindible para el estudio de nuestras artes durante el siglo pasado.

"Con un éxito artístico superior a todo encomio—dice este autor—tuvo lugar la noche del jueves 13 de mayo de 1886, en el Gran Teatro (13), el concierto del aplaudido violinista Claudio

(12) Los triunfos del gran violinista estimularon la emulación en uno de sus hermanos, José Rosario. En el Archivo Nacional de La Habana, existe una curiosa instancia dirigida por éste, con fecha 31 de julio de 1878, al Capitán General de la Isla, Gral. Martínez Campos, en la que solicita la protección oficial para completar sus estudios de violín en Madrid, "y con el tiempo, poder brillar en la sociedad como lo hizo mi señor padre, y hoy mi hermano, notabilidad nacional en tan noble profesión". La solicitud, sometida al dilatorio papeleo español, fué al cabo denegada por el Ayuntamiento, por carecer el tesoro municipal de fondos para tal fin, según se expresa en la resolución.

(13) El hoy Teatro Nacional.

Brindis, que por primera vez se presentaba ante sus compatriotas, después de algunos años de ausencia, empleados en recorrer la Europa perfeccionando su mecanismo y estilo con modelos de alto renombre, adquiriendo buena dosis de experiencia, ese tesoro inapreciable del hombre en todas las esferas de la vida, y conquistando por último, con su talento, habilidad y brío innegables, brillantes y numerosos triunfos.

“Pocas veces, muy pocas veces seguramente se hallará nuestro espíritu como esa noche en condiciones tan poco favorables para escuchar a un artista. Y decimos esto, porque en realidad no podíamos apreciar ni darnos cuenta de lo que por nuestro espíritu pasaba, tal era la emoción que lo embargaba desde que veinte y cuatro horas antes tuvimos la satisfacción de oír en el Círculo de Abogados al Sr. D. Pedro González Llorente, a ese gran maestro en el arte de mover las pasiones y hablar al corazón, a ese orador que instruye, persuade y encanta, a ese orador, en fin, que asombra, como quiere Tulio que sea el orador!

“Ignorábamos si aquel estado de exaltación habría de ser favorable o adverso al artista. No nos era posible calcular si la palabra arrebatadora del Sr. Llorente, que todavía resonaba vivamente en nuestro oído, si aquellos períodos elegantes y armoniosos que esmaltaron su discurso e hicieron sentir a todos tan puras y deliciosas sensaciones, si aquellos admirables cuadros y puras imágenes que han quedado para siempre grabados en la memoria y en el corazón deberían engrandecer o rebajar su justo mérito; y francamente debemos confesar que al presentarse en la escena Brindis, en medio de tantos y tan ruidosos aplausos, más que el vigoroso atleta que se lanza a la lucha para triunfar, y en su triunfo ser aclamado *como servidor favorito de los dioses*, nos pareció, ¡vana ilusión!, la víctima infeliz que se aprestaba al sacrificio.

“...Increíble parece el cambio que se ha operado en este artista en los últimos años que ha pasado en Europa, estudiando, como dijimos antes, grandes modelos. Su ejecución, su estilo, y hasta su modo de ser, han variado por completo y de una manera tan favorable, que apenas puede creerse que este Brindis sea el mismo que nos visitó hace ocho años. Y no queremos expresar con ésto que entonces no fuera un buen artista; no. Quiere decir únicamente que después de ese tiempo ha hecho progresos que

hablan muy alto de su talento, de su amor y entusiasmo por un arte que tantos triunfos le ha proporcionado.

“Entre las cualidades que le adornan, sobresalen a nuestro juicio una fuerza de arco extraordinaria y un estilo apasionado. Su ejecución es brillante y hasta diabólica en muchos casos; y se comprende que así sea, porque como su mano izquierda ha llegado materialmente a identificarse con el instrumento, como que posee además un tono hermoso, un arco potente y flexible a la vez y sobre todo esto tiene una feliz organización, una imaginación vivaz y un carácter enérgico, claro está que hace cuanto se le antoja, dando a su ejecución, como el célebre Olle Bull, una importancia deslumbradora.

“Hemos tenido el gusto de oírle las siguientes piezas: *Duo* de Leonard; *Fantasia*, de Ernst sobre *Otelo*; Parafraſis de *Fausto*, por Vieniawsky; *Rapsodia núm. 2 de Liszt*, por Sitt; *Barcarola* del Barón Freederichsz, con cuyo pequeño tema ha hecho Brindis una transcripción y arreglo bellísimos; *Groser Wüterchen*, delicioso canto con *sordina*, de Gustavo Langer y el vals de Chopin, *op. 64 núm. 1*, transcripción de David, y la verdad es que nada deja de desear. Su manera es hoy irreprochable; y puede decirse que todo ese lujo de dificultades aglomeradas como para asustar a violinistas medianos son para Brindis un agradable pasatiempo, y se entretiene en ellas, tal como sucede en la variante y *fermata* del romance del *Sauce*, en la que introduce por su cuenta y riesgo unas *octavas cromáticas* que producen muy buen efecto, como lo produce también con las *décimas*, *terceras*, *sextas*, *sonidos armónicos* y otras dificultades que vence tranquilamente. En la rapsodia de Liszt tiene un *stacatto terez* y algunos dobles *trinos en octavas* que ejecuta siempre entre los aplausos de un público lleno de entusiasmo, con mucha decisión y seguridad. Del *Fausto* de Vieniawsky, que también toca magistralmente, nada puede decirse que no palidezca, pues ahí todo es terrible. Dificultad sobre dificultad, escollo sobre escollo, abismo sobre abismo. No parece sino que su autor quiso reunir en un solo *morceau* todas las dificultades creadas por los más grandes violinistas. Sin embargo, las ejecuta y sale triunfante.” (14)

(14) Seraffín Ramírez, ob. cit., p. 212-216.

Esta segunda presentación de Brindis en La Habana fué un verdadero suceso público. Su apuesto continente, la atracción personal, realmente magnética, que irradiaba de sí, sus modales distinguidos y la anchurosa fama que lo acompañaba, convirtieronlo en un personaje popular en la ciudad, hacia el que todas las miradas se volvían, al que todos señalaban con admiración. Contribuía a ello, además, el color del artista, negro, sus títulos de *caballero* y de *barón*, y sobre todo su desenfado y orgullo, que siempre dieron a su carácter un tono de agria altivez.

Cuéntase que precisamente por esta fecha, a la salida de una de sus memorables apariciones, penetró el *rey de las octavas*, acompañado de varios amigos blancos admiradores suyos, en uno de los cafés más *exclusivos* que a la sazón había en La Habana. Pidió cada quien que tomar, y cuando lo hizo Brindis, el dependiente, que no le conocía, le respondió con aspereza: “Yo no sirvo sino a los caballeros, no a los negros.” Brindis de Salas se irguió como picado por un tábano, y ya en pie, esbelto y colérico, se llevó la mano a la solapa del frac, y señalando un botón rojo que llevaba en ella, exclamó lleno de ardor: “¡Pues yo soy caballero de la Legión de Honor, y no hay aquí tal vez ninguno que pueda decir lo mismo!” Y a pesar de que, advertido el dependiente acerca de quien era aquel negro, trató de excusarse, Brindis rehusó ocupar su puesto, y abandonó el café donde no había podido tomar un simple refrigerio en unión de unos amigos. ¡El, que en el extranjero era halagado por reyes y ministros, tenía que rebelarse, en su patria, contra la vejación de un patán!

III

De La Habana regresó Brindis otra vez a Europa. Su genio, sus gustos, sus relaciones, eran más de aquel continente que del nuestro, de modo que a la tierra de su formación espiritual volvía siempre, después que visitaba el mundo en que nació.

Hallándose en Barcelona, en julio de 1889, decidió partir hacia Buenos Aires, mediante un contrato por cinco conciertos, con el empresario Mario Conde, y a dicha ciudad llegó a mediados de agosto de dicho año. Llevaba una recomendación de Castelar. A pesar de ello, sus primeros pasos giran sin éxito alre-

dedor del empresario Onrubia, el cual tan sólo le ofrece cien pesos por noche, que Brindis rechaza, aunque su situación económica dista mucho de ser holgada. Sin embargo, la carta del gran tribuno español le ha franqueado el hogar del prócer argentino Bartolomé Mitre, y allí lo oye, una noche inolvidable, el gran crítico de *La Nación*, D. Enrique Frexas.

“Afuera hacía un frío intenso—dice este escritor, en un bellissimo artículo que apareció en dicho periódico el 21 de agosto de 1889—, el frío de la cruda noche del domingo. Adentro, en la sala de familia, el aire estaba templado por el fuego de la chimenea, por la gran araña de bronce, toda encendida, y por las amplias tapicerías cuya acción es siempre doble, tanto por la parte física en la conservación del calor y la defensa, cuanto por la parte moral en la asociación de ideas que provocan los nobles pliegues del terciopelo y el raso.

“No había la animación de la gran fiesta: era simplemente la familia y algunos íntimos en ese ambiente tranquilo que sigue a la comida del hogar. Pasando al salón, se habían diseminado las señoras cerca del fuego, y los hombres, en diversos grupos, continuaban algún último tema de conversación pendiente en el comedor.

“Había entrado allí, con una familiaridad de trato social que no alteró el ambiente, un hombre original, alto, de buenas formas, color de ébano y vestido de rigurosa etiqueta. Era Brindis de Salas, el violinista cuyo nombre, original también, tiene ya la fama de una reputación merecida.

“Todos sentían como una vaga curiosidad de agrado, aunque se trataba de cosa desconocida.

“Salas se había puesto de pie, al lado del piano, en el que el maestro Rodó lo acompañaba. Su mano se alzó de pronto, cayendo con el arco sobre las cuerdas del violín. Algo extraño pasó entonces.

“Aquello era un sonido, una sola nota, pero que con su vibración se había apoderado de cuantos estaban en la sala. Desde aquel momento, todos miraron al mismo punto, y todos parecían seguir con profunda abstracción, y algunos hasta con el movimiento de su cuerpo, los giros de la frase, sus inflexiones, el dibujo sonoro, en fin, que es el ritmo melódico.

“La soberbia *Cavatina* de Raff, después de sus compases iniciales, empezaba a crecer con todo su vigor, desenvolviendo sus arranques magníficos, alzando sus entretejimientos de cantos, vibrando en giros inesperados y llenos de una acentuación originalísima, alternando sus vigorosísimos *plaqués* a cuatro cuerdas con los armónicos delicadísimos o los finales suaves y dulcemente acariciadores.

“Raro efecto! No se oía más que la música; nadie pensaba en que se estaba oyendo a un artista. Es que éste había desaparecido, aniquilado en su presencia por la vivificación que de aquel trazo hacía. Tal comprensión había en la música, tal dominio del instrumento poseía, de tal manera parecía fundirse en él, de tal manera todo su fluído vital era absorbido por aquella ejecución, que todo era como una cosa sola la música que se escuchaba.

“Es ése, y ningún otro, el gran secreto de las bellas artes: el dominio del medio, sea el pincel, el arco o la palabra, de traducir noble y fielmente los íntimos fenómenos del cerebro propio, para tocar con ellos a los demás, o sea establecer fácilmente la cadena vibratoria de centro a centro nervioso. Por eso, porque ha establecido esa cadena, la agita, la hiela o la enrojece, alguien domina a los demás que caen bajo su imperio hasta sentir la misma excitación del que ejecuta. Llegó un momento, sin embargo, en que el ejecutante se hizo por él notable, fué cuando al tomar la frase enérgica, violentamente enérgica en su arco suave—raro efecto, porque empleando todo el poder de la muñeca no se oía roce alguno del arco con la cuerda, sino que parecía una voz que cantaba en el violín—, siguió aumentando aquel esplendor sonoro, cada vez más amplio, y el violín parecía multiplicarse, y las voces crecían, y entre todo eso se desgajó como un torrente de ejecuciones múltiples entrelazadas, todo tan limpio y rendido, que al redondear la frase en un giro de vuelo sorprendente, se despertó en todos un sentimiento de sorpresa, sentimiento que era el de lo nuevo—muchos no habían oído tocar así—, y fué la noción de la diferencia lo que hizo volver la cabeza hacia el artista.

“Fué entonces que se le aplaudió en un arranque que terminó su frase. Después de oír el ruido de las manos, comprendimos que no debíamos aplaudir más; hacía mal efecto semejante ruido después de tales sonidos.

“Y la atención se reanudó sobre aquel artista extraño, severa estatua de ébano, seria y correcta en su escuela de movimiento, que se destacaba sobre el fondo de terciopelo y oro de la tapicería.

“El siguió con todo su poder la *Cavatina*; se conoce que es un hombre de pasión por su instrumento, el noble violín, a que es natural la identificación, como formando un solo cuerpo vibrante con el ejecutor, caja de resonancia y pensamiento, que entre ambos parece hacerse como un solo elemento de arte.

“Así, llevado en el movimiento musical, a la difícil *Cavatina* siguió la *Fantasia*, de Ernst, sobre temas del *Otello*, de Rossini. La primera había terminado con su nota larga, que poco a poco se va apagando, y la segunda empezaba con el canto inspirado del gran maestro, tomado por Ernst de la legítima manera de Rossini, seria y grandiosa, no con el error de las virtuosidades mal llamadas “rossinianas”, pecado de los cantantes de la época en contra del autor, por lo que juró no escribir más óperas después de su *Guillermo*.

“En esta pieza de gran concierto, aquel hombre poseído de su momento musical que la hacía abordarla después de otra de mucha dificultad, pudo lucir aun más su completo dominio del instrumento, así como sus condiciones generales de artista igualmente fuerte, justamente equilibrado de todos los géneros; la fuerza, el brillo, el sentimiento, la delicadeza o la bizarra originalidad de la frase.

“Apenas concluída la *Fantasia*, de Ernst, el incansable violinista empezó a ejecutar una paráfrasis sobre temas de *Lucía de Lammermoor*. Esta pieza era la de un pasionista de la melodía llevada a los más inspirados temas del maestro divino, como decía Verdi; era también la obra de un armonista notable por sus sucesiones de acordes, y de un fuerte contrapuntista que se revelaba con gran poder en la interpretación del quinteto con sus efectos orquestales y capital propio, también llenando un inmenso cuadro sonoro de un trabajo continuo sobre las cuatro cuerdas del instrumento.

“Aquí la fusión del artista a su momento musical fué aún mayor, y fácil de explicarse esto, sabiendo, como se comprendió desde el principio, que esa paráfrasis es de Brindis de Salas.

“Puede decirse, porque hasta ahora no hacemos un juicio crítico, sino que fielmente trasladamos la impresión recibida, que

desde aquel golpe de arco primero hasta el último de la paráfrasis, todos estuvimos, no sin sentirlo, sino sintiéndolo, y mucho, bajo el encanto poderoso de aquellos sonidos que nos embargaban.

“Era natural apretar la mano de aquel artista, terminada la ejecución de su paráfrasis, a lo que un buen momento de conversación animada y una taza de té en el comedor siguió como agradable parte segunda de la reunión.

“Su personalidad musical es fácil, bien fácil de comprenderse desde el primer momento, justamente por su misma franqueza correcta de gran escuela, severa, definida y clara.

“Brindis puede ser juzgado y rápidamente se comprende en él un artista completo, señor y dueño del instrumento, severo y correcto ejecutante, sin ninguna de las farsas de brillo dulcamaresco con que quieren deslumbrar los que de artista nada tienen.

“Hombre de talento propio, de capital individual en su manera de ejecución, ya sea abordando el género delicado, o el enérgico o el fantástico, es ceñido a la escuela moderna del violín, la que ha profundizado con todos sus recursos, los que fácilmente juegan en su mano e impregnan su ejecución de la clásica y ecléctica robustez sonora que lo caracteriza.

“Brindis es, pues, un artista que se presenta con el progreso de su instrumento, y los que han podido seguir la evolución del arte del violín, estudiándolo en sus más clásicos representantes, hallan en este hombre el último modelo que nos ha llegado en ese perfeccionamiento. Tan clásico es Brindis, que puede en él, al apreciarse la escuela, verse lo que ésta ha progresado.

“En él la frase vale por sí misma, jamás es un medio de efecto; profundamente músico, todos los recursos de su educación artística no son sino para el arte, y de aquí la valorización de todos los matices que descubre a los que ejecuta, y que con facilidad le permiten abordar todos los géneros del instrumento, forman el cuadro musical completo que dibuja y colorea en cada pieza con armónicas equivalencias y con igual maestría, desde los grandes golpes poderosos hasta las medias tintas esfumadas como un suspiro.

“Bajo la influencia de este orden de ideas, volvimos a la sala. Allí el violinista nos sorprendió con la repetición de la *Cavatina*, de Raff, a la que siguió *Souvenir de Haydn*, de Leonard, la admirable pieza favorita de nuestro público.

“Después, Brindis tocó, simplemente como estudio brillante de una y otra mano consecutivamente, un arreglo suyo de *El Carnaval de Venecia*.

“Aquel alto joven extraño que nos tuvo fascinados tanto tiempo, se alejó al fin, dejando un recuerdo insistente, que no pasó en largo rato, hasta que una pequeña artista, bella cabecita rubia, dotada indudablemente de talento musical, tocó algunos momentos en el piano.

“Buena noche tibia, agradable, abrigada, la que quedaba en aquella sala, de medio tan afectuoso; fría por el contrario en la calle, donde nos alejamos entre el barbero viento de agosto.”

La aparición de este artículo, como ha dicho un escritor argentino, Jorge Servetti, “decidió la suerte de Brindis”, pues seis días después, el 27 de agosto de 1889, debutaba con un éxito estruendoso, y ganando mil pesos por noche.

A partir de aquí, la sociedad bonarense multiplica su entusiasmo por el artista, a quien agasaja hasta el cansancio; las familias se disputan su presencia; los empresarios le adulan; las mujeres le aman; todos le admiran. Toca en los salones del preeminente porteño Alberto A. Guerrico, y éste, así que lo oye, le regala un soberbio solitario de brillantes. Los amigos le costean un *stradivarius*. La fama, desbordándosele de la capital, hace que Brindis tenga que recorrer las provincias, y allí se repiten las escenas de Buenos Aires. Al fin, después de dos años de gloria, decide, como siempre, regresar a Europa. Iba riquísimo.

En Berlín, contrae matrimonio con una dama alemana de la alta sociedad, y es nombrado concertista del emperador. Se instala en Kantstrasse, 56, casa que adquiere; y hasta parece haber tenido participación en un fábrica de instrumentos de música.

Pero el carácter inquieto no ha de dormirsele, y bien pronto emprende nueva peregrinación artística, para visitar Cuba en 1890 y 1895 (15). Regresa otra vez a Europa. En 1898, el ho-

(15) No deja de ser curioso el conocimiento de un programa de la actuación de Brindis en esta fecha. El que tenemos a la vista dice así: “Teatro *Albisu*. Compañía de Zarzuela. Gran Función concierto por tandas para el sábado 9 de marzo de 1895, en la que tomará parte el eminente violinista Caballero Brindis de Salas. A las 8. 1º—*Caramelo*. 2º—Fantasía sobre motivos italianos, por el Caballero Brindis de Salas, acompañándole al piano el Sr. M. González Gómez. A las 9. *Campa-*

gar se le derrumba: la mujer establece demanda de divorcio, hastiada de aquel genio excéntrico y andariego, y Brindis se lanza una vez más a recorrer el mundo, dejando en Alemania sus bienes y tres hijos, violinistas también. Visita su patria en 1900. “Llegó, vió y lo contrataron en *Albisu*”, escribe *Conde Kostia* por esta fecha. Ofrece en dicho teatro dos conciertos los días 7 y 11 de diciembre. Recorre el interior de la Isla, pero sin fruto económico, por lo que parte decepcionado. Sin embargo, regresa al año siguiente: actúa en los salones del *Delmónico*, en La Habana, y después de otra *tournee* inútil por el interior, se marcha, al fin, de Cuba, esta vez para siempre.

IV

El desastre de su hogar, en el que se le quedó toda la familia; la evidente declinación de su genio artístico; los excesos que en ciertos temperamentos exaltados produce la gloria, fueron sin duda socavando aquel fuerte cuerpo negro. La tuberculosis le muerde los pulmones y la miseria empieza a rastrearlo. Durante algunos años, Brindis se pasea por América y por Europa, pero ya sabe que la cuesta es de bajada...

En 1911 aparece en Ronda (España), (16) donde después de dar un concierto—el último—, en el teatro *Esplanet*, decide volver

nero y Sacristán. 2o—Faust, Gounod-Wieniawski, por el Caballero Brindis de Salas y el maestro de piano Sr. M. González Gómez. A las 10. ¡Viva mi Niña!, por la señorita Concha Martín. Único concierto. Brindis de Salas. Precios por cada acto. Por un grillé, primero, segundo o tercer piso: \$1.50. Por un palco, primero o segundo piso: 1.00. Por una luneta o butaca con entrada: \$0.40. Por un asiento de tertulia con entrada: \$0.25. Por un asiento de cazuela con entrada: \$0.20. Por una entrada general: \$0.25. Por una entrada a tertulia: \$0.15. Imprenta *La Tipografía, O'Reilly 10.*”

Este programa nos fué facilitado por el ya dicho Sr. Francisco de Paula Arango, quien con cerca de noventa años de edad, aún conserva una memoria juvenil y un recuerdo emocionado para todas las cosas del “buen tiempo viejo”. El Sr. Arango nunca ha querido abandonar su patria, que de haberlo hecho habría conquistado una posición artística tan relevante como la de White y Brindis, ya que sus condiciones personales no eran inferiores a la de estos dos colosos del violín.

(16) Discurso leído por el Dr. Eduardo Sánchez de Fuentes en la noche del 26 de mayo de 1930. *Anales de la Academia de Artes y Letras*, t. XV, p. 331-50.

a Buenos Aires, tomando pasaje a bordo del vapor *Patricio Sa-
trústegui*, para llegar a fines de ese mes al antiguo escenario de
sus triunfos,

puesto ya el pie en el estribo,
con las ansias de la muerte...

¡Duro arribo debió de ser éste de Brindis a la inmensa ciu-
dad sureña, después de 22 años de ausencia, roto, tísico, sin fami-
lia y sin mujer! ¿Qué quiso, qué quería Brindis en Buenos Ai-
res? Quizá soñara en renovar sus días de gloria, encontrar otra
vez una mano como la de Frexas, y empezar de nuevo: que ése
suele ser el pensamiento de los que después de haber derrochado la
vida y la fortuna, ya en los últimos pasos del camino, se espant-
tan de la caída próxima y no prevista, y buscan asidero del que
agarrarse, aunque sea para quedar pendientes no más que unos
minutos sobre el abismo. ¡Cómo no se le apretaría el corazón a
aquel gran negro, al ver cuán distinta perspectiva se abría hos-
ca a su mirada, que en vano iba a buscar en el abigarrado tumul-
to del muelle unos ojos amigos ni una mano cordial!

Durante dos días, 25 y 26 de mayo, Brindis se hospedó en una
ínfima posada de la calle Sarmiento 357, y no dejó su tugurio si-
no para vagar como un *atorrante* en compañía de sus recuerdos
dolorosos. Hermético, a nadie dijo su nombre. Y quien le vió
en aquellos días, sucio, peludo, descuidado, con la piel cenicien-
ta de los negros tuberculosos, anciano de ojos apagados y clau-
dicante andar, nunca creyera que aquel hombre así era el *rey
de las octavas*, el violinista cubano naturalizado alemán que había
paseado por el mundo su genio, su fama y su insolencia; el mú-
sico de bello nombre y bello porte, ante quien estuvo rendida la
misma sociedad que ahora iba a verle morir: nadie creería que
era Claudio José Domingo Brindis de Salas, Caballero y Barón,
miembro de órdenes españolas, italianas, portuguesas y austria-
cas, Gran Cruz del Aguila Negra y violinista de cámara de Su
Majestad el Emperador de Alemania.

De su pobrísimo refugio se trasladó el infeliz a otro del mis-
mo jaez, la fonda y posada *Ai re dei vini*, en el Paseo de Julio,
294, de donde ya no habría de salir sino con la garra mortal cla-
vada sobre el cuello. El 31 de mayo, la Asistencia Pública reci-
bió una llamada telefónica, informando que un negro *atorrante*

estaba a punto de morir. En una ambulancia fué conducido a la sala de primeros auxilios, ya en pleno coma. Bajos los harapos apareció un corset mugriento, resto de sus días de *gentleman*; en los bolsillos, un programa y un pasaporte. Aquel negro era Brindis de Salas.

Identificado ya, se le atendió con mayor esmero todavía, y se logró que recobrará el conocimiento a fin de que dispusiera su última voluntad, si alguna tenía. Pero todo no fué más que cuestión de horas, porque Brindis murió casi en seguida, en la madrugada del 2 de junio de 1911. (17)

V

De los tres grandes violinistas dados por Cuba en el siglo pasado (Brindis, White y Díaz Albertini), Brindis es el más desordenado, el más fogoso y desigual. Aunque su arte fué depurándose hasta alcanzar la plenitud de que dió tan hermosa prueba durante su primera estancia en Buenos Aires, por ejemplo, nunca estuvo, como sus dos egregios rivales, consagrado al estudio constante de su instrumento, y con frecuencia dejó al golpe del genio, al aletazo de la inspiración, el triunfo sobre escollos que hubieran frenado ímpetus menos agresivos. Parecía sentirse, aun con tirano tan falaz como el violín, por encima de su feroz mandato, abandonándole durante días para volver a abrazarle con el amor renovado, y sin que hubiera padecido tanto como sus amigos temían, su asombroso poder de ejecución.

Hijo de un excéntrico como fué Claudio Brindis, el *rey de las octavas* distó mucho de ser modelo de equilibrio: sus andanzas a través de Europa y América lo pintan siempre como uno de esos hombres en quienes el espíritu es fuerza que los va empujando constantemente hacia nuevos horizontes, hacia perspectivas desconocidas, en busca de la emoción sin desflorar; y más de una vez vióse envuelto en las mallas del escándalo: que no siempre tuvo Brindis freno que le detuviera, ni estrecha moral que paupara su vida, de lo que dió prueba que aun se recuerda en una de sus visitas a La Habana.

(17) Véanse las *Notas* que figuran al final de estas páginas.

Los que le conocieron y trataron, hablan de su carácter, que no era dulce, y muy cargado de vanidad, pues los triunfos en medios artísticos donde ellos no eran fáciles, la conciencia del altísimo valer propio, y una suerte de erizada defensa contra el manotazo de la vulgaridad, habíanle llevado más de una vez a tocar y aun trasponer los límites de la cordura, aquellos que separan ésta de la dureza y la violencia.

Es posible que hubiera en el *Paganini negro* un inconsciente sedimento de amargura, fijado por el recuerdo de los sufrimientos paternos; y por el desdén con que algunos espíritus inferiores quisieron tratarlo a causa de su color. Y es posible también que Brindis, personaje en Europa, sintiera hacia sus paisanos de raza blanca cierto temor de ultraje que lo llevara a presentárseles en un plano superior de consagración artística inviolable, con todo el paramento de que se vió siempre rodeado, y el cual lo convertía en un negro distinto, europeo, *blanco*, que hablaba el castellano con cierto acento deliberado y defensivo, y que vivía alejado por modo sustancial de la tierra en que viniera al mundo (18).

Acaso, sin embargo, no fuera tanto por vanidad como por astucia. —“¡Ah!,—escribe Conde Kostia, que siempre lo admiró—, yo he sido uno de los pocos a quienes Brindis, en su último viaje a Cuba, habló de sus decepciones cubanas”; y después agrega: “Desde la muerte del Hohenstaufen imperial, la vida de Brindis fué un éxodo triste a lo largo de la tierra, éxodo cruel como empujado por una Némesis vagabunda, conociendo la pomposa miseria de ser grande, y de no poder imponer su grandeza por falta de recursos, por falta de *mecenas*. Escribía a Cuba, y Cuba se encogía de hombros...”

(18) Hay muchos actos en Brindis que entrañan esta significación, y uno de ellos no los da su llegada a La Habana, en 1890. Era costumbre del periódico *El Figaro* publicar, en su portada, la efiegie de todo personaje a quien la fama hubiera consagrado, y en la contraportada un autógrafo del que tal homenaje recibía. A la llegada de Brindis esa costumbre se cumplió, desde luego, y el retrato del egregio habanero, hecho por Torriente, apareció en la forma dicha. En el autógrafo, Brindis se limitó a escribir: “Tout où rien. Chev. Brindis de Salas”. ¡Todo o nada! Con lo fácil que le hubiera sido expresar esta desesperada sentencia en el mismo idioma en que habría de entenderse con su empresario y con su familia, y que recibió, además, de sus padres. Brindis era, en realidad, extranjero, (ciudadano alemán) y cuidaba astutamente de recordar esa condición apenas ponía los pies en la patria.

Es cierto. Y encogida de hombros le sorprendió la muerte del gran artista, y así encogida se estuvo hasta hace cinco años, en que fueron trasladadas las cenizas del músico a La Habana, en un acto que resultó apoteósico.

Fué grande Brindis por su genio artístico, por el contenido de su personalidad rara, poderosa, impar. Y la visión de su vida, azotada por un torbellino de pasiones, miserable unas veces, fastuosa otras, siempre inexorablemente humana, nos brinda con frecuencia fina sustancia romántica entreverada de aquella locura que, en los hombres superiores, suele ser la única condición razonable. Como ocurre muchas veces, su verdadera vida comenzó con su muerte: que ahora sí es inolvidable para Cuba el estuendo violinista que tantas veces hizo nacer a su patria en la admiración de quienes jamás la hubieran conocido.

Notas.

I.—DOS POESÍAS DE CLAUDIO BRINDIS.

Además de sus conocimientos musicales, es indudable que Claudio Brindis poseía una cultura general bastante extensa, y particularmente rica en el campo literario. No sólo compuso la letra de muchas canciones y danzas que se hicieron populares en su tiempo, sino que acometió empresas de mayor aliento.

Conocemos dos poemas de Claudio, que verá el lector en seguida, y los cuales lo presentan como un versificador correcto y como un poeta, a veces, no exento de inspiración.

He aquí dichos poemas, que vieron la luz en el *Diario de la Marina*, del 25 de noviembre de 1851.

OFRENDA DE GRATITUD Y RESPETO A LAS SEÑORAS DOÑA CATALINA CALVO DE CHACON Y DOÑA CATALINA CALVO DE CALDERON, EN SUS DIAS

Entre sonoras danzas y festines
ligera pasa la risueña vida,
y empapado en aliento de jazmines
el pensamiento del dolor se olvida.

Nobles señoras! Mi entusiasmo ardiente
al sol le roba su más rica lumbre,
y en delirio magnífico, la mente
de placer me transporta a la alta cumbre.

No puedo, cual un tiempo más dichoso,
en vuestra ofrenda tributaros flores,
ni de la orquesta al eco sonoro
cantar la gloria, juventud y amores.

Ni puedo ya, como en aquellas horas
que tienen mi alma y mi memoria fija,
dedicaros en notas gemidoras
preludios a la *Madre* y a la *Hija*.

Sé que el negro cendal de triste luto
tiene al dolor vuestro placer sujeto,
y por eso inspirado yo os tributo
lauros de gratitud y de respeto.

Gozad de paz, de dicha y de consuelo;
vuestra existencia halague la ternura,
y este de Cuba refulgente cielo
que siempre os colme de feliz ventura.

EN LOS NATALES DE DON JUAN DE LA CRUZ DEL JUNCO

Lira del corazón, preludia el canto
que la sagrada gratitud envía
al buen pastor que virtuoso guía
su grey ante el eterno sacrosanto.

El orbe siente religioso encanto
al ver tornar el venturoso día
en que llenos los cielos de alegría
dieron al mundo un sacerdote santo.

Y pues hoy nuestros pechos se alborozan
porque todo a tu amor se lo debemos,
himnos de gratitud te consagramos;

que nuestras almas férvidas se gozan
al llevar su efusión a los extremos
y entusiastas pintar cuanto te amamos.

II.—SOBRE EL SEPELIO DE BRINDIS EFECTUADO EN BUENOS AIRES EL DÍA 3 DE JUNIO DE 1911.

Tan pronto murió Brindis, se hizo cargo de sus restos el pe-
riódico *P.B.T.*, en cuya redacción quedó instalada una magnífica
capilla ardiente, donde fué colocado un lujoso féretro envuelto en

la bandera cubana y conteniendo los despojos del músico. Allí se efectuó el velorio, al que asistió una gran representación del mundo artístico porteño, conmovido e intrigado, igual que el pueblo, por las románticas y dolorosas circunstancias que habían rodeado el tránsito del egregio violinista.

Aunque el Vice Cónsul de Cuba, señor Campuzano, vióse impedido de actuar oficialmente a causa de la nacionalidad alemana de Brindis, secundó con eficacia la iniciativa de *P.B.T.*, revista que quedó autorizada para tomar todas las medidas necesarias en honor del artista. Fué precisamente por iniciativa del representante cubano que se efectuó una suscripción entre la reducida colonia residente en Buenos Aires, y la cual dió el siguiente resultado:

Emiliano Estrada	\$100
Ricardo Illa.....	100
Rolando Illa.....	10
Manuel de la Vega.....	20
V. G. Espinosa.....	25
Jorge A. Campuzano.....	5
Pedro A. Posada.....	25
José M. González.....	10
Salvador Antúnez.....	10
Adolfo de Varona.....	5
Rafael L. Mora.....	5
Ramón Irijoa	25

Sin embargo, no fué necesario invertir, en su mayor parte, el producto de esta suscripción, en virtud de que tanto la instalación de la capilla como el entierro fueron efectuados gratuitamente por la funeraria de los señores González y Hno., que hicieron un servicio de primera clase.

El sepelio se efectuó en la mañana del día 3 de junio, y sobre él publicó el *Diario Español* la siguiente nota:

“Ayer a las diez de la mañana partió de la redacción de la popular revista *P.B.T.*, el cortejo fúnebre del desventurado artista Brindis de Salas, que había sido velado en la redacción del colega por todos los miembros de la colonia cubana y gran parte de los músicos residentes en Buenos Aires.

“La simpática actitud de *P.B.T.*, recogiendo en su casa los restos del célebre artista abandonado por la suerte y olvidado por la gloria, hizo que hasta las primeras horas de la madrugada desfilaran ante la capilla ardiente numerosísimas personas.

“Mandaron coronas, entre otros, los señores Florencio Constantino, el director de “La Verdad”, señor Ferreyra, y la redacción de *P.B.T.*

“La señora A. F. de Mendizábal envió la bandera cubana con que se cubrió el féretro.

“La carroza fúnebre iba seguida de un largo cortejo en el que figuraban el cónsul de la república cubana, muchos periodistas, y entre ellos el administrador de *P.B.T.*, señor Maureso y varios redactores, el ilustre tenor Florencio Constantino y gran cantidad de personas que en otro tiempo fueron admiradoras del extinto.

“Al depositarse en el nicho el féretro, el Vice Cónsul de Cuba, señor Jorge A. Campuzano, pronunció un sentido discurso necrológico recordando los triunfos que en vida alcanzó Brindis de Salas y agradeciendo en nombre de la colonia cubana la acción generosa de *P.B.T.*, rindiendo el último homenaje al gran artista.

“Después, el señor César Maureso, en nombre de *P.B.T.*, emocionadísimo, en sentidas palabras, dedicó a Brindis de Salas los últimos homenajes que eran debidos a sus pasados triunfos, olvidados hasta el extremo de haberle llegado la hora de la muerte en la más espantosa miseria.

“Los restos de Brindis de Salas reposan provisionalmente en el nicho número 958, galería quinta, sección primera del Cementerio del Oeste, esperando con justo título un monumento digno a su memoria.

“¡Paz en la tumba de Brindis de Salas, *el rey de las octavas*, el *Paganini negro!*”

III.—SOBRE EL TRASLADO DE LAS CENIZAS DE BRINDIS DE SALAS A LA HABANA, EFECTUADO EL 27 DE MAYO DE 1930.

Desde 1911 hasta 1917 se hizo el silencio alrededor de Brindis de Salas. Sin embargo, en este último año volvió a cobrar actualidad el recuerdo del gran músico en virtud de haberse dis-

puesto el traslado de sus restos al osario general, ya que no había sido abonada la cuota de arrendamiento del nicho que en el Cementerio del Oeste ocupaba Brindis.

El anuncio de este hecho produjo gran revuelo, y el periódico *La Razón* publicó una nota extensa comentándolo y exhortando a las corporaciones artísticas de Buenos Aires para que se le diera al *Paganini de ébano* una tumba merecida. “Es muy triste—terminaba *La Razón*—que la posteridad no sepa donde descansan los restos mortales de uno de los más excelsos artistas, de los más privilegiados y exquisitos temperamentos musicales. Y es triste cosa que haya muerto entre nosotros, y aquí le hayamos abandonado así”.

A consecuencia de este llamamiento, el día del aniversario de la muerte de Brindis se efectuó junto a su tumba un homenaje reparador, como se le llamó, en el que hicieron uso de la palabra el cónsul de Cuba, señor Seva, el señor Lavieri y el poeta Luis S. Mancioni.

Dicho acto fué iniciado por el director de la escuela *General Zapiola*, Sr. Arturo Luzuriaga, quien declaró que a pesar de ser argentino y no cubano, “al salvar los restos de Brindis de que sean echados al osario general, lo hago como homenaje a la digna República de Cuba, a su pueblo, a sus autoridades, a los cultores del arte en ese país y a la augusta tradición del mismo”.

La tumba fué librada del pago de derechos, y sobre ella se colocó una lápida de mármol con la siguiente inscripción: “La colonia cubana y la revista ilustrada *P.B.T.*, tributando el homenaje de su admiración al eximio artista Claudio José Domingo Brindis de Salas, Barón de Salas, muerto el 2 de junio de 1911, depositaron sus restos en esta modesta tumba provisional, en espera de la que el gobierno de Cuba, a quien corresponde de derecho esta obra de reparación, consagrará en su día al que brilló como astro del arte y dió gloria a su país y a su raza.”

Sin embargo, no fué sino hasta el 10 de abril de 1930 que se abrió aquella fosa para exhumar los restos del gran violinista, en virtud de las gestiones realizadas por el Dr. Néstor Carbonell, nombrado Ministro de Cuba en la república del Plata. Una comisión integrada por el propio Dr. Carbonell y los señores Martín D. Durañona y Jorge Servetti presenció la extracción de los

restos, que estaban momificados a pesar del tiempo transcurrido, y que fueron depositados en el crematorio del cementerio.

El 12 de dicho mes de abril se efectuaron honras fúnebres en memoria de Brindis en la basílica de San Francisco, y después en el salón principal del crematorio ya citado, procedióse a la incineración de los restos, cuyas cenizas fueron depositadas en una urna de bronce moldeada por el escultor argentino Sr. Luís Perlotte y fundida en el Arsenal de Guerra. El mismo día 12 tuvo efecto un homenaje a la memoria del gran desaparecido en la sociedad *Amigos del Arte*, que resultó brillantísimo, y el 2 de mayo la urna fué dejada en poder del capitán del vapor *Sub-Cubano*, llegando a La Habana el 24 para no ser desembarcada hasta el 26. Con la urna venían también una bandera cubana confeccionada por la señora María F. de Mendizábal; un arco de violín que había pertenecido a Brindis y estaba en poder del violinista argentino Miguel Gianneo; un retrato del artista, y la lápida que cubría su tumba y a la que nos hemos referido anteriormente, objetos todos que fueron enviados al Museo Nacional.

El propio día 26 celebró la Academia Nacional de Artes y Letras una sesión solemne en honor de Brindis, y al día siguiente, 27 de mayo de 1930, fueron conducidas las cenizas al Cementerio de Colón y depositadas en el panteón de la *Solidaridad Musical de La Habana*, donde reposarán para siempre.

IV.—SOBRE EL NACIMIENTO DE BRINDIS DE SALAS.

A pesar de nuestros esfuerzos, no nos ha sido posible hallar, dentro del corto tiempo de que hemos dispuesto para la confección de estos apuntes, la partida bautismal de Brindis de Salas; pero puede asegurarse que nació en La Habana, en la fecha que dejamos dicha.

Calcagno, en su *Diccionario Biográfico Cubano* (1878, p. 126), consigna expresamente ese hecho, y lo mismo hace el Prof. Sánchez de Fuentes en el rico ensayo leído por él en la Academia Nacional de Artes y Letras, la noche del 26 de mayo de 1930, con motivo del traslado a La Habana de los restos del gran virtuoso.

Y aun hace más el señor Sánchez de Fuentes, pues llega a señalar la casa en que nació Brindis (Aguila, 168), dato confirmado por nosotros con personas contemporáneas y amigas de éste, como el señor Sabás Hernández y la señora Leonor Armenteros, quienes crecieron en el mismo barrio que el músico, y hasta pertenecen, aunque con lazos lejanos, a la familia de éste.

Alguna vez, además, hemos llegado a tropezar con la versión de que el celeberrimo *Paganini Negro* vió la primera luz en Matanzas; pero no hemos hallado el menor rastro que pueda probarla, tanto en el recuerdo y el testimonio de los hijos de esa ciudad, como en ningún documento oficial. Lo presumible es que, a este respecto, se le confunda con White.

Queda, pues, en pie, el hecho de que Brindis es habanero, y que en La Habana vivió hasta los 17 años poco más o menos, en que, como ya es sabido, marchó hacia París.

Quizá en otro momento tenga el autor de estos brevísimos apuntes ocasión de estudiar más detenidamente, ya con alientos de biografía cabal, la interesantísima vida que ahora sólo le ha sido posible entrever. Para entonces, tratará de poner a la luz del sol cuanto necesariamente queda ahora en la penumbra de la historia: que a una existencia como la que ha tentado nuestra curiosidad, zigzagueante e indómita, no se la captura sino después de una cacería difícil, en la que toda peripecia es imprevista, y todo minuto, necesario.

